

## **PROYECTO: ARCHIVO ORAL DEL SINDICALISMO SOCIALISTA**

**Entrevistador: Manuela Aroca Mohedano**

**Entrevistado: Marino Ordíz Fernández**

**Fecha de la entrevista: 28/04/2007**

**Lugar: Gijón**

### **CINTA Nº 1**

#### **CAPITULO I: II República y Guerra Civil**

Me llamo Marino Ordiz Fernández. Nací el 3 de marzo de 1920 en La Hueria Carrocera (El Entrego, San Martín del Rey Aurelio)

Mi padre se llamaba Álvaro y mi madre, Celestina. Mis abuelos paternos se llamaban Ricardo y Balbina y los maternos, Vicente y Vicenta. Todos eran asturianos. Mi padre era minero y mi madre se dedicaba a labores. No tenían estudios. Les gustaba mucho leer. Mi padre compraba hasta dos periódicos. Me acuerdo mucho de que había una revista que se llamaba *El Mundo*. No creo que fuera filial del de ahora. Era una revista muy social, muy política. Mi padre tenía unos cuantos ejemplares guardados cuando entraron los nacionales. Los guardaba por la cuadra, entre la hierba. Guardamos libros, de todo.

Mi padre era socialista, creo que desde que nació, al contrario de sus hermanos que eran santurrones. No eran mala gente, eran como los de Sopeña. Mi padre no podía ver a los curas y mi madre iba de vez en cuando a misa, pero cuando entraron los nacionales y vio aquel desmán que nos hicieron, no volvió a pisar una iglesia.

Mientras vivía mi padre y mis hermanos mayores, vivíamos como todo el mundo: regularmente bien. Yo tenía seis hermanos, conmigo siete. Murieron todos ya. Eran todos mayores que yo. Bueno, el último, que murió el año pasado, era el más joven pero ya tenía 82 años. Mi hermano, el primero, que ya había estado preso por la revolución de octubre, en los últimos tiempos era

vigilante general en Valdelospozos, que es a nivel de facultativo de minas hoy. Era muy apreciado y muy socialista.

El que iba detrás de él, murió cuando tenía 20 años. El otro era vocal de las Juventudes Socialistas en La Hueria Carrocera, donde había una casa del pueblo sucursal de la del Entrego. Cuando estalló la guerra, como todos los que vivían por allí, fue con los primeros voluntarios para el frente. Se defendieron como gato panza arriba en San Esteban, defendiendo Oviedo. No valió para nada pero se luchó mucho. Cuando entraron los nacionales se tiró al monte porque si lo cogían había peligro. Luego lo cogieron.

Los tíos, los hermanos de mi padre, que eran católicos, santurrones, nos valieron algo. Enseguida lo sacaron de la cárcel de El Entrego. Hay que reseñar bien que la casa del pueblo la convirtieron en cárcel. En lo que es hoy el cine de El Entrego, las paredes chorrearon sangre. Era un cine propiedad del PSOE y del Sindicato Minero. Yo era un crío que iba a la escuela. Aquel teatro se inauguró con *La rosa del azafrán*, nada menos, que es una obra muy interesante. Tenía camerinos con capacidad para zarzuela porque *La rosa del azafrán* es una zarzuela, pero social y muy buena. El maestro que teníamos nos llevó a ese teatro a ver la zarzuela y a la inauguración. Y luego cuando entraron, lo convirtieron en cárcel y allí estaba mi hermano preso. Todos sabíamos lo que pasaba.

Un hermano de mi padre fue y lo llevaron a la cárcel de Laviana que ya era el partido judicial y enseguida, para Oviedo. Lo juzgaron y no le cayó pena de muerte sino 30 años. Estuvo navegando en cárceles y después fue a parar un batallón de trabajadores hasta que se licenció. Luego lo conoció Marcelo (Marcelo García Suárez). Cuando ilegalizaron los partidos era el presidente del partido o secretario general en Sotrondio.

La proclamación de la República fue apoteósica. Yo odio tanto a Franco y sus satélites porque el 1 de mayo en Asturias era la mayor fiesta que había. Íbamos todos, con mi padre, con mi madre, todos los hermanos. Bajábamos a la casa del pueblo de La Hueria. Salían unas chicas uniformadas de socialistas con la bandera del partido socialista. Íbamos todos con la bandera hasta El

Entrego. Allí se reunían con la bandera de El Entrego. Subían hasta Tetuán y allí bajaban otros con la suya hasta Sotrondio que era la capital del concejo. Había un quiosco –lo han vuelto a reconstruir otra vez- y tocaba en él la banda de música. Las banderas estaban alrededor. Había un concurso de banderas. La de El Entrego ganó un año el premio porque la bordó una hermana mía que se llamaba Tina. Después se casó con un falangista y murió siendo de derechas.

Yo hablaba de odio al franquismo. No es odio, es repugnancia. Cuando íbamos todos a casa de mi abuela en Sotrondio, como eran santurrones, provocaban a mi padre. Decían: “Aquí está el hijo pródigo”. Lo decían porque mi padre era socialista y ellos no. Pero detrás de casa había una huerta, ponían una mesa grande y comíamos todos, los de derecha y los de izquierda. Había una convivencia que era de admirar. No había ese odio que tenemos hoy. Eso es lo que eché siempre de menos.

Yo fui a una escuela pública en la República. Si algo sé de política, me lo enseñó mi maestro. Yo supe quién era Alcalá Zamora, el presidente de la República, e Indalecio Prieto porque me lo explicaba el maestro. Ahora hablas a los chavales y no sabe ninguno nada. Entonces estalló la guerra y nos partió por el eje.

De la Revolución de 1934 me acuerdo. Nosotros todos los años vamos a una fosa que hay en Carbayín, donde están los mártires de Carbayín y un primo carnal de mi mujer está enterrado allí. Vamos el 6 de octubre. Echaban un pequeño mitin, una arenga. El alcalde que hay ahora fue el que se interesó mucho e hizo un monolito, con todos los nombres de los que están enterrados. Después vamos a comer por allí. Y eso es lo que se celebra del 34.

No sé si mi padre participó en el Frente Popular. Lo que sé es que renegaba de toda la derecha. Mi padre salía de trabajar y hacía lo que hubiera que hacer en casa, pero a continuación se iba a la casa del pueblo. Todos los días.

Celebraron el triunfo del Frente Popular. Me acuerdo porque teníamos un hermano preso, el primero: Valentín. Estaba preso aquí por culpa de la

revolución de octubre. Había muchos presos. Al día siguiente de las votaciones ya salió Valentín de la cárcel. Hubo un banquete en casa de mi abuelo en Sotrondio. No pasó mucho desde las elecciones. Él ya estaba casado, tenía una niña. Veníamos a verlo.

Los presos políticos siempre lo pasaron mal. Estaban escuálidos. Cuando se hizo la propaganda me acuerdo que decían: “A por los setecientos votos, que el pueblo pueda votar”. Y se votó y se ganó. Aquello fue apoteósico.

No sé dónde estaría el día del golpe. Yo iba al instituto. Mi padre estaba trabajando y cuando vino vio que había estallado la guerra y marcharon todos a la casa del pueblo. Formaron dos batallones de voluntarios en La Hueria Carrocera. Uno era el batallón de Flórez, de Manolo el de Flórez, y el otro el de Mata. Yo a última hora fui voluntario. Tenía 17 años.

Fuimos voluntarios tres amiguitos de La Hueria: un hijo de Alfredo Castaño y Mariano, uno de los de Benin, y yo. Fuimos al batallón de Flórez. Yo me salvé de chiripa. En la cocina, para los milicianos, nosotros estábamos de ayudantes. Dijeron que teníamos que bajar a buscar agua. Había que ir a una fuente, un poco más abajo. Nos dijeron que fuéramos los tres. Cuando nos íbamos, uno me mandó quedarme para ir a no sé qué recado. Cuando estaban cogiendo el agua, vino un mortero del enemigo y allí los mató a los dos. Si bajo yo, no estoy aquí ahora. Pero igual hubiera sido mejor, porque con lo que rodamos...

Con la República sólo estuve en San Esteban de las Cruces. Mi padre estaba en el Batallón de Flórez. Mi hermano Paulino, en el batallón de Flórez y Vicente —el que estuvo en la cárcel—, en otro batallón en había en Blimea porque él vivía en Blimea. Se casó allí. Mi hermano Paulino estaba soltero. Llegó a ser teniente de complemento. No tenía estrellas sino barras en el uniforme.

Mi madre y mis hermanas se quedaron solas en casas. Se pasó muy mal. Mi hermana, la madre de Belarmina (Belarmina Fernández Orviz), estaba casada con un chaval de todas las prendas que era socialista y en aquella fecha secretario de las Juventudes Socialistas. Yo lo conocí cuando era novio

de mi hermana, echando un mitin en un prado, con Belarmino Tomás, Amador Fernández y González Peña. Mi cuñado se codeaba con esas personalidades.

Cuando vino de la guerra, mi cuñado se tiró al monte, igual que mi hermano. Al principio de la guerra, estando en el frente, vino un cascote de metralla y le llevó un trozo de la frente. Lo trajeron al hospital. No le había tocado cosas vitales y se salvó. No había nada artificial para poner y la sección del partido no quiso que fuera más al frente. Le encargaron el Comité de Abastos. Había tres o cuatro de derechona, vecinos de él, que tenían prohibido salir del concejo de San Martín. Cuando vieron que mi cuñado Vicente estaba en el comité le pidieron un pase para ir a Villaviciosa, Nava,..., que son pueblos campesinos, para comprar algo porque aquí había necesidad. Estaba todo racionado y no había nada. Les dijo que sí. Aquel vale servía para un día. Iban todos los fines de semana a buscar un pase y se lo daba.

Cuando estaba fugado, el inocente –era socialista y el socialista con carné o sin él es noble, nunca traiciona a nadie-, habían entrado los nacionales y aquellos vecinos espionaron la casa del padre. Él estaba fugado en el monte, con Flórez, con Mata y todos esos. Venía por la noche a casa, cenaba y llevaba la cena para los otros que dormían por el monte en una cabaña, en una tenada, en una cuadra o donde pudieran. Aquellos vecinos avisaron a la Guardia Civil, a la contrapartida, que eran falangistas, guardias civiles y toda esa gente. Lo detuvieron, “cazaronlo”. Él creía que estaba respaldado porque aquellos vecinos le debían ese favor. Cayó en pena de muerte. Salvó porque cuando lo juzgaron metieron la pata: “Tal día estabas matando un cura en Campo de Caso y en la misma hora y el mismo día, quemando la iglesia de Cocallín”. Fue lo único que alegó el abogado.

Mi hermana sabía que él tenía responsabilidades y fueron evacuadas ella y su hija Belarmina. Belarmina no andaba, era muy pequeñina. Me acuerdo del día en que marcharon. Estuvieron por allí y cuando vinieron, mi cuñado ya estaba preso. Navegó por las cárceles. Estuvo en Burgos, en Astorga y no sé en cuántos sitios estuvo preso. Terminó por redimir penas en unas colonias que formaron en el valle del Nalón. Había tres, una en Sama, en el Fondón y

otra en la Nueva, un valle que hay en Ciaño, hacia el pozo de San Luis y otra en Sotrondio, en el Pozo Villar.

Los presos que estaban allí, los que estaban casados por lo civil que era el caso de mi cuñado, trabajaban gratis para el Estado. No cobraba nada. Yo estaba en la mili y en casa estaban todos abandonados. Había muerto mi padre y con un sueldín que ganaba mi hermano el pequeño de siete pesetas vivían todos. Mi hermano estaba en la cárcel, mi cuñado, en la cárcel, mi padre había muerto y yo estaba en la mili.

Yo había tenido la suerte de que me habían agregado a los italianos y ganaba cinco duros cada diez días. Los italianos estaban aquí luchando a favor de Franco. Movilizaron a la quinta del 41 que era la mía. Le llamaban la quinta del biberón. Con aquellos cinco duros, un mes los mandaba a un hermano y otro a mi cuñado. Lo demás lo ahorra porque estábamos por el frente pero duró poco la guerra desde que nos movilizaron. Estuvimos en el frente de Teruel, en la ofensiva de Cataluña y cuando volvimos al centro, terminó la guerra. El último parte de guerra lo recibí en Aranjuez. Si nos ves llorar allí, a Albino, que le habían matado al padre y a los dos hermanos. Me llamaba: "Marino". Nos abrazábamos los dos, llorábamos porque habíamos perdido la guerra, inocentes de nosotros. Era lo último que quedaba, ya estaba más perdido que el carajo, pero todavía teníamos la esperanza de ganar, no sé por qué. [27'47" – 28'35"]

## **CAPITULO II: La posguerra: recuerdos de la represión (min. 28'30" – CINTA-1)**

Yo no me tiré al monte. Quedé en casa y vinieron un día a darle una paliza a mi madre por culpa de Paulino, mi hermano. Esto es una anécdota. Como nosotros vivíamos en La Hueria Carrocera (El Entrego), mi padre trabajaba en el Sotón y un primo carnal suyo que era muy de derechas, Julio, decía: "Oye, vas al registro y asientas un guaje, y le pones Alfredo". Alfredo era el primo hermano de mi padre y le asentó como Alfredo Paulino. A los dos años

nací yo y mi tío Alfredo dice: “Pues yo quiero tener un sobrino que se llame Alfredo” y me puso Alfredo Marino también.

Teníamos esa confusión: teníamos el mismo nombre. Cuando él estaba en la cárcel, escribía unas tarjetas censuradísimas. En casa le llamábamos todos Paulino y él firmaba como Paulino, pero en el trabajo, en la Duro Felguera, era Alfredo que era su primer nombre. Vinieron los falangistas y querían sacar a Alfredo. Mi madre les decía que estaba en la cárcel. Y ellos contestaban que en la cárcel estaba Paulino y preguntaban dónde estaba Alfredo. ¡Le dieron unas palizas a mi madre por culpa de eso! Un día vi cómo la llevaban con una cayada, un bastón, como si fuera una mula y dándole garrotazos. Pero mi madre no podía decir otra cosa.

Mi padre murió cuando entraron los nacionales. Le metieron en la cárcel y cuando volvió sólo duró tres o cuatro meses. Le dio una neumonía, no había nada para curarla y murió.

De la posguerra hay mucho que hablar. Yo presencié una matanza, si eso interesa. Encima de nuestra casa hay una capilla a la que llaman el Cristo de la Paz. Era una capilla muy antigua, pero muy grande y tenía bóveda. Entre la bóveda y el techo quedaba un espacio. Los fugados dormían en aquel espacio, en la bóveda de aquella capilla. Un día uno metió un pie y rompió la bóveda. Se hizo mucho daño. Lo curó don Dimas Martínez, un médico que había en El Entrego que era medio de derechas, o del todo, pero estaba casado con una miliciana socialista. Se prestó a curarlo. Iba a casa de unos vecinos. No lo supimos hasta más tarde. Cuando salían de la capilla estaban en un chamizo, una mina, un zulo, una mina pequeña. Dormían allí. Lo tenían muy bien preparado. Para salir tenían en el prado una cosa redonda que habían cortado. Hicieron un agujero. El último bajaba aquello como un trozo de césped y lo tapaban. Aquel día estaban allí Chimino, Daniel, Mario, Antonio, Alfredo, y uno que de mote llamaban “el perro” que era de Sotrondio. El perro dijo “mañana voy a casa” y ellos confiaron y fue a casa. Alfredo fue a casa de los padres a buscar la cena. Tenían la consigna de que si oscurecía no iban a dormir allí. A Alfredo le oscureció y no fue a dormir, y “El perro” no llegó

tampoco, pero en vez de ir a casa había ido al cuartel de la Guardia Civil, a denunciar y dijo donde estaban escondidos. Cuando amaneció el día aquel había un despliegue de fuerza, Guardia Civil, falangistas. La de dios. Cuando nosotros salíamos de casa para ir a trabajar nos llamaron: ¡Alto! Nos llevaron para el prado donde suponían que estaban los fugados.

Vimos allí al “perro”. “La puta que lo parió”, ¡estaba con los guardias civiles! Pero tan disimulado tenían el hueco que no daban con él. Vueltas para arriba y para abajo y no encontraban la entrada. Ya lo estaban amenazando. Cuando tocaban retirada, “El Perro” seguía buscando hasta que lo encontró.

Allí mataron al padre de Alfredo. Chimino era cuñado del comandante Flórez. La mujer de Chimino era hermana de Manolo el de Flórez, que eran primos míos. Ellos eran muy valientes. Chimino, cada vez que trataban de entrar, disparaba tiros para fuera y la Guardia Civil metía a la gente. Como sabían que estaba allí Daniel, cogieron a la madre para matarla. Y aquella mujer que era también prima nuestra, cayó desmayada porque estaba enferma del corazón.

Había otra mujer y también estaba mi madre. Estábamos todo el pueblo y a todos nos querían matar allá porque Chimino daba fuego. Aquella mujer, arrinconándose, los llamó. Dijo: “Daniel –me acuerdo como si fuera hoy-, salid. Mataron a Remigio y tu madre está aquí desmayada y nos van a matar a todos. Prometen que no os pasará nada”. Pero Chimino dijo que no salieran porque lo pasarían peor. “Si no tenéis coraje, yo los mato”. No hicieron caso. Salieron. Chimino quedó solo dentro hasta que agotó el material, las balas, y se oyó un tiro. “Ya se suicidó”. Entraron adentro, lo cogieron por las piernas y lo sacaron a rastras. Lo tiraron en un camino que había que llamamos Calella y las metralletas descargaron más de cien tiros a aquel hombre. Allí lo enterraron.

Los otros fueron todos a la cárcel en Oviedo. El único que se salvó fue Antonio, no sé por qué. A Amalio lo mataron a garrote vil. A Daniel, a garrote vil. Me dijo uno que estaba preso allí que ellos tenían un agujero para ver las ejecuciones del garrote vil. Me contó: “Nunca creí que teníamos la lengua tan larga”. Daniel tenía dos penas de muerte, las dos a garrote vil. Apretaban

porque del cuello no puedes doblar. La lengua le llegaba a la cintura. Cuando veían que ya no respiraba, aflojaban, cogía aire y ejecutaban la segunda muerte. Daniel era primo mío. Los ejecutaron juntos y están en la fosa común.

Aquel día no nos dejaron ir a trabajar. Presencié otra matanza. Serino era un hombre que tendría unos 50 años y estaba casado, tenía cuatro hijos. Había un chaval que estaba en un refugio y lo cazaron. Lo mataron en un prado. Yo estaba en la mili, estaba de permiso. Estábamos tirados a lo largo, viendo cómo los mataban. ¡A palos! Allí no hubo tiros. A palos con la culata del fusil. A culatazos y a culatazos hasta que los mataron. Los lamentos se oían a distancia.

La tragedia del Pozo Funeres sucedió hace cuatro días. Yo ya estaba casado. Cuando hablaron del Pozo Funeres quedamos anonadados. Uno era el suegro de Albino, el que se abrazaba a mí cuando acabó la guerra, que tiene dos hijas aquí y lo llevaron. Los sacaron por nada, sólo porque eran socialistas y en aquella época ya trabajaban en la mina esclavizados. Un buen día los detuvieron. Desde donde vivían en La Hueria Carrocera a donde está el Pozo Funeres, íbamos de chavales y hay dos o tres horas andando.

El padre de Belarmina era muy inteligente. Cuando salió de la cárcel, llevaba un negocio de ultramarinos. Estaba el cuartel de la Guardia Civil un poco más arriba y él se trataba con un guardia civil. Un día emborrachó a uno de los implicados en la matanza del Pozo Funeres y cantó como un loro. Cantó todo lo que pasó. Un guardia se casó con una muy socialista, pero que por necesidad o por lo que sea se había casado con él, y era de los guardias civiles que habían estado en el Pozo Funeres. Se marcharon y vivían en Madrid. Se llama Pacita y viene todos los veranos. Cuando viene en Navidad siempre la veo. “Cuando se suicidó el maño, yo había salido a por el pan y él estaba en casa. Cuando iba llegando había un montón de gente delante de mi portal. ¿Qué pasó? Un hombre se tiró del sexto. Y era mi marido que era guardia civil y había estado aquí”. Un día se me escapó. Le dije: “¿Por qué crees que se suicidó?” y ella me contestó: “Bueno, Marino, no me recuerdes esas cosas que tanto como tú, sólo yo”. No quería hablar de eso porque ellos pasaron lo suyo.

Entre El Fondón, La Nueva y Sotrondio se empezó a reconstruir el partido otra vez. Mi cuñado estaba allí. Un buen día me dijo que hacía falta llevar una nota a La Nueva. Yo le pregunte que adónde y él me dijo que a las colonias, que si me atrevía a llevarla. Le dije que sí y me pidió que no la leyera. Me dieron aquella nota en la clandestinidad. En la colonia del Fondón tenía que preguntar por Gerardo que fue cuñado de un médico que era muy importante. Cogió fama, mató gente sin parar pero él valía.

Después de allí, si él me daba otra, tenía que ir a la de Villar, a Sotrondio y allí entregar a Emilio el Chincho. Después me dijeron que no se me ocurriera darle más notas a Emilio porque chaqueteó, se metió con los sindicalistas de la vertical y el demonio. Y teníamos miedo. Pensaba yo: “Ahora este cabrón me ve llegar”. Un día fui con la nota. Tenía que preguntar por Barbado que era un andaluz muy fino. Le pregunté a otro: “Oye, a Barbado yo no lo conozco y diéronme un recado para él”. Me preguntó quién era yo y le contesté que no le importaba. “Barbado es aquél que está allí”. Sólo había un alambre como protección para hablar con ellos. Había dos, uno aquí y otro allí y un terreno en medio. Fui para allá y le pregunté si era Barbado y me dijo: “Tú eres el cuñado de Vicente”. Me preguntó si traía la nota y me dijo que no se la diera ahora porque estaba mirando El Chincho. “Si puedo, voy yo donde estés tú y si no, vienes mañana, pero hoy no me la des”. Eso pasaba mucho porque no te fiabas ni de ti mismo. Aquel día no se la pude dar yo porque El Chincho había desconfiado.

Al día siguiente por la mañana, le di la nota y cogí otra para el Fondón. Así estuvimos un tiempo hasta que se fue generalizando. Había un poco más de libertad. O quizá es que nosotros nos atrevíamos más.

### **CAPITULO III: La mina, el Sindicato Minero y la clandestinidad (min 51'44' – CINTA 1)**

Yo trabajé en la mina muy tarde, cuando vine de la mili. Sobre el año 42 No antes. Me casé en el 48. Yo estaba de maquinista. Allí había una máquina interior. Eran máquinas eléctricas de lo que llamábamos el trole, como si fuera

un tranvía, con electrificación. Íbamos hacia un sitio donde tenían los “trenistas” con mulas y traían los vagones. Los enganchábamos a la máquina y nosotros los bajábamos hasta la boca del pozo. Allí cogíamos el vacío y hasta arriba otra vez.

Marcelo entró cuando era un chavalín, con 14 ó 15 años. Era muy pequeño.

De los horarios, no me hables. Entrábamos a las seis de la mañana. Los sábados había que doblar. Todos los sábados, a sacar carbón. Hicieron las mayores aberraciones en la minería. A veces entrábamos a las 5,30 de la tarde y salíamos a las 12 del día.

Cuando era enganchador ganaba 9,50 pesetas al día. Después, de maquinista 11 pesetas. Accidentes había cada poco tiempo. Yo ascendí a maquinista porque el que estaba antes, que también pertenecía al partido clandestino, se mató.

La máquina bajaba por la vía y estaba posteo por madera. Ahora está con arcos de hierro y bóveda. Si tropezaba la máquina con un cuadro de madera, yo le quitaba un poco para que pasara. En uno de esos se mató Emiliano. Sacó la cabeza para ver si venía el compañero, el enganchador que tenía y no se percató. Le cogió la cabeza y lo mató. Era un chaval de lo mejorcito.

La silicosis era general. Donde yo trabajaba, no, porque yo estuve nueve años nada más dentro. Yo salí al exterior y estaba en la casa de máquinas, subiendo y bajando el material y el personal. Era maquinista de extracción.

El primer encontronazo que tuve fue con uno de CC.OO, con Secundino que era vigilante. Vino a pedirme el voto. Yo le dije que votaba para el Sindicato Minero, pero él me dijo: “Si no sois nadie, no valéis para nada”. Yo no participé en la reconstrucción del Sindicato Minero pero estoy enterado de lo que era. Pagábamos una cuota pero no era fija, ni para el partido ni para el sindicato. Pagábamos lo que podíamos porque la cosa estaba muy apurada. No se ganaba mucho, estábamos racionados. Si podías dar un duro, lo dabas, pero si dabas una peseta también valía.

Hay una anécdota muy buena, para que vean lo que somos los socialistas. Yo cogía las cuotas de diez o doce compañeros del valle y las entregaba a otros que las entregaba a su vez a la comisión: a Pepe Llagos y los de Sama, Cilio, Castro y esos.

Un buen día me dice Pepe Llagos, que murió hace poco, que nosotros no estábamos pagando. Yo le contesté que sí pagábamos. Me preguntó a quién se lo dábamos y le contesté que a Laudino. Me dijo que Laudino no entregaba nada y me pidió que hablara con él.

Yo ya estaba en la casa de máquinas y estaba sacando al personal cuando lo vi salir. Le dije al ayudante que teníamos allí: “Si quieres hacerme el favor, le dices a Laudino que venga acá que quiero hablar con él”. Fue, pero Laudino le dijo que primero iba a lavarse. Iban a ducharse porque salían negros y cuando vino de ducharse, se acercó. Yo tenía ya un poco más de libertad porque había salido el relevo. Me dijo: “Ya sé lo que me vas a decir”. Se le caían unas lágrimas muy gordas. “¿Qué pasó, Laudino? Hay tres meses que no entregas”. Tenía cuatro hijos, ganaba muy poco. La Seguridad Social no funcionaba. Tenía un niño, que no sé el tiempo que tendría, que estaba enfermo (ahora está en el partido). Su mujer dijo que había que llevar al niño al especialista a Sama y él le preguntó que con qué dinero. Ella dijo que con las perras del partido.

Me dijo que sacaría un bono y lo iría pagando, que no le denunciara. Yo se lo dije a Pepe y él me contestó que tenía que explicarlo en Sama. La reunión era en un bar, el bar de Jovita detrás del Ayuntamiento. Jovita tenía una casa de citas, y era afín a nosotros. Cuando estábamos reunidos vigilaba en la puerta y si veía venir a un guarda o a un policía o a un falangista y decía “¡Ay, cómo va a llover! ¡Ay, cómo va a llover!”. Entraba cantando y entonces nosotros nos íbamos uno para cada lado y no pasaba nada.

Al decirles que Laudino había gastado el dinero en la consulta de un médico para un chiquillo que tenía malo, se empezaron a mirar unos a otros y dijeron: “Bueno, qué le vamos a hacer, ésa es una razón totalmente convincente”. No le cobraron ni un céntimo. Yo fui y se lo dije a Laudino:

“Laudino, estás exento de la deuda, te han condonado la deuda, pero me advirtieron que no te pague más”. Se abrazó a mí y lloraba como una magdalena y yo también. Con recordar cómo lloraba aquel día, casi me emociono yo ahora. Eso lo hace sólo un socialista.

Los comunistas estaban con mucha frecuencia en la cárcel y pedían ayuda a los socialistas. Cuántas veces fui yo a llevar 1000 pesetas del sindicato a la casa de una mujer (que anda por ahí ahora, los hijos están casados) que tenía el marido deportado. La primera vez dije yo: “Si Alfonso es comunista”, pero me dijeron: “¿Y qué más da? Es un compañero. Hay que darle algo a sus niños que están pasándolo mal”. Y yo le llevaba las 1000 pesetas.

El Sindicato Vertical funcionaba de una manera atroz. Los maquinistas de extracción estábamos muy mal retribuidos. Hicimos una reclamación al Sindicato Vertical en la época de los años 50 (ya estaba yo casado y yo me casé en el 48). No había manera, me decían que estaba muy difícil. Había un abogado, Gavela, que era de derechas y estaba en el sindicato. Me dijeron que había que ir a ver a Gavela. Fuimos y le explicamos. Dijo: “Esto está chupado”. Le contestamos que los de la sindical decían que era muy difícil. Él dijo: “Bueno, yo cobro el 2%, si os lo saco”. Él conseguía un dinero. Yo cobré de aquella reclamación 7000 pesetas. El 2% a todos, de 7000 pesetas... Por ejemplo, en Sotón, éramos 14. Estaban todos los pozos de la cuenca y los de Mieres. Así funcionaba el Sindicato Vertical.

Yo nunca fui enlace sindical. No participé por decisión propia, porque yo sabía que ahí no se conseguía nada. Después de aquella experiencia en la que el mismo sindicato, cobrándonos el 2%, nos consiguió la reivindicación... Si iban a la oficina no lo conseguían. Así funcionaba.

Mi carné del PSOE trae fecha de afiliación de 1942. Pero antes no teníamos carné, teníamos un número porque si te cogían con él lo menos que te podía pasar era que aparecieras muerto en una carretera. Yo amo al PSOE y a la UGT, pero el PSOE es mi familia.

Yo leí mucho sobre el marxismo. Hubo una huelga en la Duro Felguera, la que después fue Hunosa. Aquella huelga era general, estaba todo paralizado. Los maquinistas de extracción y los bomberos –los que achican el agua para que no se inunden los pozos-, teníamos que ir a trabajar.

Las mujeres de los huelguistas salieron a la palestra y obligaban a las personas a darse la vuelta en las carreteras para que la gente no fuera a trabajar. Yo, un día o dos, me puse corbata como si fuese de boda y me vieron pasar tan arreglado que no me dijeron nada. Pero después se dieron cuenta y no nos dejaban pasar. Fuimos a hablar con el ingeniero que era don Luis Santamaría. Nos preguntó qué pasaba. Estaba cabreado. Era un buen hombre y no era mal ingeniero. Pegó un puñetazo encima de la mesa y no era su costumbre. Nos dijo: “Vosotros venís a trabajar mañana porque si no, se os hace un expediente aparte de los huelguistas. No se puede inundar el pozo, si no venís, se os hace un expediente de despido sin causa”, le contestamos que no se podía venir porque estaba la carretera cerrada. “Pues venís por la vía, o por el río”. Y tuvimos que fastidiarnos y pasar. Nos insultaban los huelguistas. Nos tiraban arroz y maíz. Era la huelga de 1962.

De las primeras huelgas también me acuerdo porque yo estuve trabajando. No podía dejar el trabajo y pasaba una vergüenza... Llegó una ocasión que los que cobraba lo dábamos para los huelguistas.

CC.OO. degeneró de la HOAC que eran los curas obreros. Cuando vinieron los curas católicos, yo conocí a tres en Sotón. Yo trabajé con un cura que estaba en la casa de máquinas, fregando el suelo. Antes había una mujer y la quitaron y pusieron a aquel cura que casi no fregaba por hablar del asunto social. Y yo le preguntaba –le tuteaba-: “¿Por qué tienes tanto interés tú en el asunto social, si tú no trabajas en ningún sitio, si tú vives del Vaticano, de lo que nosotros pagamos?” Y él me contestaba: “¿Qué tiene que ver eso? Yo soy hijo de trabajadores”. Era de Pola de Lena. A mí nunca me la dieron.

En un entierro de uno que se había matado, de Celso, que era pariente mío, como nos daban dos horas de descanso, le pedí a un compañero que me

cambiara el descanso. Había solidaridad. Me dijo que me marchara que él pasaba sin descanso.

Los entierros de los mineros que se mataban se aprovechaban para hacer una manifestación sindical y la hacían el Sindicato Minero y CC.OO. Cuando llegué estaba orvallando y subí hasta el entierro. Bajábamos manifestados ya, echando contra el régimen, con una pancarta. Cuando íbamos llegando a la carretera general bajaron por allí los de disturbios. Nunca los había visto. Con una gran limpieza, ponían la mano así y saltaban al otro lado de un coche. Unos chavales libres, entrenados, dando toletazos y garrotazos a todo dios. Se deshizo la manifestación y echamos todos a correr y al pasar por delante de la iglesia, el cura la abrió para que nos metiéramos. Los de CC.OO nos decía que nos metiéramos y yo les dije: “En la iglesia, méteste tú, yo no”. Me preguntaron por qué y les contesté: “Porque la iglesia te va a cobrar la cuenta, no da nada gratis. Andan por ahí los curas obreros revoloteando”. Me fui. Como estaba trabajando, pensé que si me pasaba algo por allí, me despedirían. Me metí en el parque y estaba allí la mujer de un primo, Castro –que son de derechas. Vinieron los de disturbios y daban unos toletazos... “Pim, pam” y la mujer de Castro decía: “Madre, pero si yo estaba con los niños aquí”.

César, el de Sotón, también es de derecha. Nos preguntaba por qué corríamos. Él decía que no tenía miedo porque no podían acusarlo de nada. Nada más decir eso, vino una pelota de goma y le dio en el tobillo. Le sacó el tobillo del juego y cayó César “patas arriba” y para el hospital a Sama. Le decía yo: “Coño, César, tú que decías que por qué corríamos”. No tenían corazón, pegaban al que pillaran.

En la década de los sesenta, la cosa no mejoró mucho. Yo era minero aunque trabajaba en el exterior. Tuve dos hijos pero murieron pequeñinos, no se lograron. Ahora tengo cuatro, no los hice yo, pero tengo cuatro.

Yo no participé más que en un congreso en Sama en un hotel. Había buena relación con Toulouse. Los de aquí queríamos poder para el interior y aquellos no lo querían dar.

#### **CAPITULO IV: La Transición y la Democracia (min 25'44" – CINTA 2)**

Me acuerdo cuando murió Franco. Era domingo cuando lo estaban enterrando. Estaba nevando y bajaba yo de trabajar a las dos de la tarde. Yo había cambiado de residencia. En vez de vivir en El Entrego, vivía en Villa y no conocía bien a la gente de por allí. Estaba lloviendo y veníamos otro y yo. Paró el autobús en un bar. Yo no sabía si la gente era de derechas o de izquierda. Estaban enterrando a Franco en el Valle de los Caídos y lo estaban televisando. Todos estaban mirando. Estábamos tomando una pinta de vino para ir a comer. Según bajaron a Franco y le pusieron aquella losa, no se me ocurrió más que decir: "Ahí van cincuenta años de retraso del país". El que estaba detrás del mostrador me preguntó por qué decía eso. Le contesté que porque era verdad. Todos me miraban. Conocía a uno de ellos que era fascista. Tenía un mosquetón en casa, pero llegamos a llevarnos bien. Yo tenía un Seat 600 y no tenía cochera, y él tenía un barracón y lo arrendaba. Le pregunté si tenía una plaza para mi 600 y me dijo que quizá para un 600, sí tenía, aunque para un coche grande, no. Y se portó más bien que dios conmigo, después de haber dicho yo aquello. Pero yo ya sabía entonces quién era, ya sabía que había que tener cuidado. Ellos siempre vivían con la esperanza de volver a matar (se ríe).

Yo me acuerdo de los congresos de la UGT pero no participé. Me acuerdo que CC.OO. siempre fue más simpática con el vertical que con nosotros. Hasta dijeron que nosotros éramos de derechas.

Cuando murió Franco, yo trabajaba en Sotón. Las relaciones entre sindicatos no eran buenas porque me acuerdo de una vez, en que si no hubiese sido por la serenidad de un paisano, no sé que hubiese pasado. Estábamos en huelga. Aunque yo iba a trabajar, me consideraba un huelguista y había asistido de noche a una asamblea. En ella CC.OO y el Sindicato Minero habían acordado entrar a trabajar el día siguiente. Estábamos en la casa de máquinas, el primer relevo entraba a las 6 de la mañana y estábamos esperando a que tocara la sirena, aquí le llamamos el pito. Vino una comisión de gente y nos mandó poner la jaula a nivel. Yo puse la jaula a nivel. La sirena

no había tocado todavía y entraron uno por cada lado y los de CC.OO, diciendo que allí no entraba ni dios. Se volvieron atrás respecto a lo que habían acordado la noche anterior. Pero los del Sindicato Minero tampoco eran de cera. Llegó la noticia de que los de CC.OO estaban en las jaulas y no dejaban entrar. Se armaron de hachas, picos y puntero y vinieron dispuestos a matar si era necesario, para que se cumpliera lo que se había acordado. No corrió la sangre allí porque hubo un paisano, que era muy socialista, y les dijo a los de CC.OO.: “Mirad lo que viene ahí, si queréis que corra la sangre, empeñaos en no cumplir la palabra. Vosotros seréis los responsables”. Nosotros estábamos en la ventana mirando, nerviosos. Llegó la hora, tocaron el pito, y los de CC.OO claudicaron. Aquel día si no llega a ser por la habilidad de un socialista, no sé qué hubiera pasado. Fue en 1963.

Las relaciones entre CC.OO y UGT en la transición mejoraron un poco, pero siempre estuvieron muy tirantes. Con decir que yo tenía un 600, iba a trabajar con él, aunque sólo algunas veces, porque de mi casa al trabajo había tres kilómetros. Yo vivía en El Entrego. Un día, con las dos horas que me daban de descanso, allí detrás, como lo hacía todo el mundo, lavé el coche con una manga que teníamos. Al día siguiente me llamó el ingeniero para decirme que estaba prohibido lavar los coches en horas de trabajo. Le dije que estaba en mis horas de descanso y me dijo que esas horas no eran para lavar el coche, sino para estar atento a lo que hace el que me dio las horas. Me dijo: “Bueno, tenga cuidado porque yo no sabía que usted había lavado el coche. Me lo vinieron a contar”. Yo empecé a pensar. Era un compañero que teníamos de CC.OO., el graduado social. Me denunció y fue a contárselo al ingeniero. Y se portó mejor el ingeniero que ellos porque me dijo que tuviera cuidado, y con eso quiso decir que no me vieran. Eso era lo que había entre CC.OO. y UGT.

Pasé mucho miedo cuando dieron el golpe de estado del 23-F. Yo vivía en la Felguera, en el polígono de Riaño, pero tenía mucha relación con El Entrego porque había vivido allí muchos años. Había estado en la casa del pueblo y salía de allí. Estaban escuchando la radio en la casa del pueblo, escuchaban unas canciones. Enfrente había una mercería y me vieron pasar.

Eran afines a nosotros y me dijeron que había un golpe de Estado. “Calla la boca, cazurro”, le contesté. Era castellano, pero muy buen hombre. Cuando lo oí dije: “Me cago en la madre que lo parió, estamos perdidos”. Me di la vuelta y volví a la casa del pueblo que aún no estaba entregada. Se habían comprado un local pequeño detrás de la casa de los Martínez. Fui allí y dije: “Seguid, seguid. Hay un golpe de Estado”. Empezaron a rodar los teléfonos. No sé si sería verdad, pero se comentaba que en Laviana los falangistas ya tenían una lista de gente como nosotros. Si el golpe de Estado hubiese prosperado nosotros no estaríamos aquí ya. No se destruyó la documentación.

Yo participé mucho en la campaña del PSOE, poniendo carteles, repartiendo propaganda. Todavía vivía la madre de Belarmina y mi hermano Paulino, que vivía en Sotrondio.

El teléfono no paró en toda la noche. Llamaba mi hermana: “En tal sitio, ganamos”. Llamaba Paulino diciéndome dónde ganábamos y así estuvimos toda la noche hasta que por fin ganamos las elecciones. Aquello fue la mayor alegría que se pueda tener en el mundo. A lo mejor exagero un poco, pero fue una satisfacción muy grande. Yo estaba trabajando porque yo me jubilé muy tarde. Había estado hasta muy tarde en la mili y me jubilé con 71 años. Cuando entraron los nacionales, los mineros de aquella época tenían la Caja de Jubilaciones de la Minería Asturiana y los mineros se jubilaban a los 65 años, con el 100%. Pero el “simpático” de Girón estableció el retiro, cerró la Caja de Jubilación y yo vi morir en Sotón gente de 80 años sin poder retirarse. Aquel dinero fue a parar a la Universidad laboral que se hizo con las arcas que tenía la Caja de la Minería Asturiana. Lo sabemos porque había un funcionario en la Caja de Jubilaciones donde se pagaban los cheques. Contaba que iba Girón con dos cheques en aquella época de 100.000 pesetas o 200.000. Uno ingresaba automáticamente en la cuenta corriente de Girón y el otro iba a parar a la Universidad Laboral. Cuando terminaron la Universidad Laboral, había tanto dinero que construyeron la Universidad Laboral de Tarragona en las mismas condiciones que ésta. Eso lo sé yo por un profesor que hubo en la Universidad que era hermano de mi maestro de toda la vida, D. Jaime, de La

Hueria. Era gente de lo más bueno que había en el mundo. Yo creo que no tenían ideología política. Iban a misa, pero nunca hicieron daño a nadie. Todo lo contrario. Y nunca se enriquecieron. Tenían una tienda de ultramarinos grande, tenían la farmacia, pero nunca hicieron dinero, siempre ganaron “lo comido por lo servido”.

Yo lo pasé muy bien cuando gobernaba Felipe González. Y lo conocí en la clandestinidad, en Tarna. Nosotros, en Tarna, con la dictadura, íbamos todos los años a hacer una concentración de socialistas. Iba toda España y se hacía en el puerto. Allí conocí a Felipe González, a Alfonso Guerra, a Galeote, a Nicolás Redondo. Se me olvida alguno, pero conocí a todo ese ramillete que después formó el gobierno. También conocí a Luis Llorente que era un gran socialista, aunque ahora está un poco desilusionado, pero es uno de los mejores socialistas. Tenía yo una foto y desapareció. Íbamos a Tarna mi mujer y mi hermana. Llevaban la comida juntos. Felipe González siempre iba de “chupón”, nunca llevaba bocadillo. En una “pota”, en una tartera, había albóndigas que había hecho mi hermana. No había plato para todos y quedaban unas albóndigas en la “pota” y dijo Felipe González que él se las comía. Estaba Felipe comiendo las albóndigas y le sacamos una foto.

Estando yo en la sección de La Felguera, donde había muy buenos socialistas como Joaquín López y Graciano Antuña, teníamos una sociedad aparte del partido para subvencionar *El Socialista*. Un día enseñé yo esa foto en la casa del pueblo y me dijeron que había que mandarla para que la publicaran en *El Socialista*. Yo dije que la prestaba, pero que no quería que se perdiera. Ni se publicó en *El Socialista*, ni la foto apareció más.

Las huelgas contra el gobierno del PSOE las llevé muy mal. Cuando hicieron esas huelgas contra Felipe González yo no las secundé, y pregonaba que no hacía huelga. Hice propaganda en contra de aquellas huelgas porque no había derecho. Iban detrás de CC.OO y además Nicolás estaba ya traicionando. Cándido Méndez no me disgusta. Al principio era desconocido para mí, pero me parece que resultó bien.

Yo no lloré cuando ganó el PP, pero me llevé un disgusto muy gordo. El populacho –aunque duele, es así- no sabe quién le hace mal. Aquí mismo, en Gijón, en este barrio que llaman el de la Arena, la mayor parte de la gente, el 90%, son desplazados de las cuencas mineras y todos son obreros. Nunca se ganaron aquí las elecciones. Eso no es normal.

Cuando ganó Zapatero fue un alivio. Lo esperaba pero siempre estás intranquilo. Es como ahora. Yo estoy convencido de que ganamos al año que viene, pero hay que esperar a ver cómo respira el populacho, porque si vienen tocando un cencerro, la gente va detrás de ellos.

Considero a Zapatero un buen socialista y un buen izquierdista, sin minusvalorar a Felipe. Lo que está haciendo Zapatero no se pudo hacer en la época de Felipe.

Yo ahora no tengo ninguna responsabilidad. Soy un simple afiliado de base. Si no existieran los sindicatos y el Sindicato Minero, particularmente, estaríamos como con Franco. Son los sindicatos los que hacen avanzar. Claro que ahora tenemos un gobierno progresista que es muy distinto a tener un gobierno totalitario. Pero que no gane otra vez la derecha porque nos lo echa todo abajo. No hay que engañarse.

El sindicato ahora no trabaja como lo tenía que hacer. Hay sindicalistas que están sólo interesados en no trabajar, la mayor parte de ellos. Hay una diferencia muy gorda respecto a los tiempos de la clandestinidad.

Cuando estaba mi cuñado y los demás presos en El Fondón, había una mujer que tenía en Miramar un restaurante muy bueno. Aquella mujer nunca hablaba del PSOE, sino del Sindicato Minero. Ella y la mujer de José Castaño, el sastre, Ramona, iban todos los domingos a ver a los presos, particularmente a mi cuñado y machacaban y machacaban para que se casaran por la Iglesia, no porque ellas creyeran sino porque veían la necesidad económica que se pasaba en todas las casas<sup>1</sup>. Nosotros, por ejemplo, teníamos que bajar un litro de leche todos los días a mi cuñado y decían ellas. “Bajan andando porque no

---

<sup>1</sup> Marino Orviz explicó en la primera parte de la entrevista que los presos que estaban redimiendo penas no cobraban nada si estaban solteros. La hermana de Marino y su cuñado estaban casados por lo civil y, por ello, no podían percibir la paga que se le asignaba a los casados.

tienen los sesenta céntimos que cuesta el autobús, y si os casarais por la Iglesia por lo menos cobrabais algo”. Por fin, la del Miramar le dijo: “Si os casáis por la Iglesia, me comprometo a daros una comida. Y Ramona dijo: “Yo la pago. Tú la guisas y yo la pago” y los convencieron. Aquel mismo día, se casaron en una chabola. Iba el cura a decir misa en un barracón. Se casaron nueve parejas y del Miramar sirvieron una comida. Una comida corriente: una fabada, un arroz con conejo y poco más. Y se casaron por la Iglesia. Aquel día, muchos de ellos lloraban: “A dónde vine yo a claudicar por una comida”. Pero la necesidad era muy grande.